



Signos Históricos

ISSN: 1665-4420

shis@xanum.uam.mx

Universidad Autónoma Metropolitana Unidad
Iztapalapa
México

Lafaye, Jacques

Don Carlos de Sigüenza y Góngora. Cortesano y disconforme

Signos Históricos, núm. 6, julio-diciembre, 2001, pp. 9-22

Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Iztapalapa

Distrito Federal, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=34400601>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Don Carlos de Sigüenza y Góngora. Cortesano y disconforme*

Jacques Lafaye

Palabras clave: intelectual, cortesano, gongorista, obras, ciencia

Carlos nació cortesano, por la sencilla razón de que su padre fue preceptor del príncipe Baltazar-Carlos (hijo del rey Felipe IV), el cual, siendo todavía niño, tuvo el privilegio de su retrato ecuestre pintado por el propio Velázquez. El príncipe murió a los catorce años de edad; Portugal cobró su independencia en 1640; Cataluña se declaró independiente en 1642; cayó del poder en 1643 el favorito conde-duque de Olivares; Francia había declarado la guerra en 1635, una guerra que no estaba a punto de terminar; Holanda conseguiría su independencia en 1648. “Al comenzar el año 1640, el más fatal de la Monarquía hispánica, la situación era ya muy crítica.” (Domínguez, Madrid, 1988), ha escrito uno de los más autorizados historiadores españoles de nuestros días, el sevillano don Antonio Domínguez Ortiz. ¿Pudo ser la circunstancia histórica, o si se prefiere, la coyuntura política, causa suficiente para que don Carlos de Sigüenza y Benito se embarcara en la armada de Indias, ese mismo año de 1640? El que fuera maestro del príncipe formaba parte del séquito del nuevo virrey de la Nueva España, marqués de Villena. Joven y soltero se casó a los dos años de estar radicado en la corte virreinal de México, con una señorita de nobleza sevillana, Dionisia Suárez de Figueroa y Góngora, pariente cercana del príncipe de los poetas, el cordobés Luis de Góngora y Argote, protegido del conde-duque. Tuvieron nueve hijos, de los que el segundo, y primer varón, nació en 1645; le pusieron de nombre Carlos, como su padre.

* Una primera versión de este artículo fue presentada como conferencia, dentro del ciclo “Carlos de Sigüenza y Góngora y la Historia de la Ciencia en México”, organizado por la Universidad Autónoma Metropolitana Iztapalapa, del 19 al 23 de febrero de 2001, en sus instalaciones.

Carlos fue cortesano de nacimiento; eso quiero expresar con el título de este trabajo, para dar constancia de una realidad genealógica y sociológica, y no en absoluto para tildarle de adulator e intrigante, como se supone que fueron todos los cortesanos.

El hecho es que el joven Carlos escogió más tarde entre los apellidos de su madre, el de Góngora, preferentemente al de Suárez de Figueroa. Parece que ya señalara cuál sería su vocación de escritor conceptista, o como sentenciarían algunos: *gongorista* tardío o decadente. Podemos suponer que, como escribano de corte, don Carlos de Sigüenza, su padre, tuvo escasos recursos para mantener a su numerosa progenie, carga que recayó en parte sobre su hijo mayor. Éste, siendo hijo de familia de nobleza cortesana, sin fortuna, pero con precoces dotes intelectuales, ingresó en 1660 como novicio a la Compañía de Jesús. Hacerse jesuita era el camino real en la sociedad novohispana de la segunda mitad del siglo XVII. Los jesuitas eran entonces los directores de conciencia de los reyes y los virreyes, los educadores de la sociedad criolla, los dueños de las haciendas-modelos, los que drenaban el capital minero para edificar hermosas iglesias barrocas, como la del colegio de Tepotzotlán, en la que Carlos hizo sus votos simples en 1662. Nadie hubiera podido imaginar entonces que los jesuitas serían expulsados cien años más tarde. El *expulso* fue el joven Carlos, del Colegio del Espíritu Santo, de Puebla de los Ángeles; ocurrió la expulsión en 1668, siendo de veintidos años de edad. Este doloroso episodio ha sido callado, disimulado o atenuado por los historiadores jesuitas contemporáneos y hasta por los contemporáneos nuestros, como el padre Ernest J. Burrus. Hace relativamente pocos años, se ha llegado a saber que Carlos no dejó la Compañía *a instancias de su padre*, ni sencillamente por indisciplinado, sino por la sanción implacable de una trivial conducta juvenil.

El novicio, todavía no ordenado sacerdote (lo sería hasta 1673), quizás impulsado por la sangre andaluza, se brincaba con regularidad la barda del colegio, no obstante las reprensiones de los padres, por entregarse a *desórdenes* nocturnos que nunca se han especificado. ¿Cuáles serían las perversiones de Puebla *by night*? Es fácil imaginar alguna que otra *casa verde* en la que los jóvenes alternaban con mujeres *del partido*, como se decía. Dado el carácter irascible y la conocida arrogancia de Carlos, se ha supuesto que entró en rebelión abierta cuando lo reprendió el padre superior, lo cual sería claramente incompatible con la regla jesuítica de la obediencia *perinde ac cadaver*. Pero todo ello no pasa de mera conjetura.

No será ocioso en cambio recordar ciertos acontecimientos que marcaron dramáticamente la vida novohispana de aquellos decenios. El mismo año en que

se casaron los padres de Carlos, el virrey marqués de Villena, protector del padre del futuro jesuita poblano, fue arrestado sorpresivamente, bajo sospecha de infidencia, por don Juan de Palafox y Mendoza, visitador real, quien lo sustituyó en el gobierno. Vacante la sede archiepiscopal de México, fue elegido también Palafox por el cabildo catedralicio, cargo que ocupó hasta 1643; no obstante al ser el mismo Palafox titular del obispado de Puebla, que vino a ocupar en 1642, hasta 1655. Una contienda de los jesuitas de Puebla con el obispo duró seis años; tanto las fundaciones de Palafox (como la famosa biblioteca), como sus acciones para obligar a las órdenes religiosas a restaurar sus respectivas reglas, dejaron una huella profunda y duradera en la ciudad. De modo que la niñez y la juventud de Carlos de Sigüenza y Góngora, hijo de noble alcurnia castellana y andaluza, estuvo llena de zozobras y recuerdos de peripecias recientes de la vieja y la Nueva España que afectaron de forma directa a sus padres. Estamos muy alejados de la tediosa Nueva España que reflejan los respectivos *diarios* de Guijo y Robles, base de hipótesis históricas que no encajan bien con la personalidad conflictiva del sabio mexicano, semblanza que intentaremos bosquejar..., una vez más.

Quizás valga la pena intentarlo, porque el carácter repetitivo de las biografías de don Carlos de Sigüenza y Góngora no habrán escapado al lector atento. Esto se debe a tres razones principales: la primera es que, una vez establecidos los datos biográficos y su cronología, queda un estrecho margen interpretativo; la segunda tiene que ver con las hipótesis y controversias respecto de su expulsión de la Compañía de Jesús, las cuales han obnubilado a muchos hasta fecha reciente; la tercera es la pereza mental y/o la sumisión a la autoridad de las grandes personalidades que han opinado anteriormente sobre el particular.

De acuerdo con mi conocimiento respecto al tema, no se ha señalado hasta ahora el trasfondo político agitado que pudo incidir de forma decisiva en el destino de Carlos padre, con su probable incidencia sobre la vocación (¿o falta de vocación?) del novicio jesuita, y su sensibilidad quisquillosa.

Otro aspecto del caso Sigüenza y Góngora, independientemente de su biografía, es el interés que ha despertado entre historiadores y críticos desde la segunda mitad del siglo XVIII, mucho antes de que ocurriera la revalorización del pasado novohispano iniciada por Joaquín García Icazbalceta, pero confirmada sólo a partir de Carlos Pereyra y don Silvio Zavala. Quien le dio por primera vez su lugar a don Carlos, fue Eguiara y Eguren en *Biblioteca mexicana*, obra en latín escrita en 1755, en la que aparece (en varios pasajes) Sigüenza y Góngora como autor de estudios pioneros de las culturas prehispánicas. Le había dado la materia a Eguiara

el caballero Lorenzo Boturini Benaducci, en la *Idea de una nueva historia general de la América Septentrional* (1746) y sobre todo en su *Catálogo del museo histórico indiano*, obra que se publicaría sólo en 1871 (en México), la cual reseña las obras inéditas (muchas desaparecidas) de Sigüenza y Góngora. En la época liberal, en la que se veía a la Nueva España como período de oscurantismo clerical, algunos eruditos bibliófilos y polígrafos, aficionados a códices mexicanos en jeroglíficos, dieron a conocer al público culto parte de la obra histórica de Sigüenza y Góngora. Me refiero a Nicolás León (1886), Manuel Orozco y Berra (México, 1880 y 1881), José Fernando Ramírez (México, 1898-1904), editor (bastante descuidado por cierto) del código que lleva su nombre, y a Alfredo Chavero (México, 1904), último dueño conocido de varias obras inéditas de Sigüenza y Góngora, que posteriormente no se han podido encontrar.

Éste es, desde mi punto de vista, el resumen de la prehistoria de los estudios, todos muy parciales, dedicados a la versátil personalidad intelectual y la polifacética obra de don Carlos: matemático de la universidad y astrónomo, mitólogo e historiador, astrólogo y poeta oficial, novelista y cartógrafo real, consejero oculto de virreyes, capellán y limosnero del arzobispo, y (lo que se suele omitir o mencionar sin insistir) corrector de libros del Santo Oficio de la Suprema Inquisición. Como no abundan figuras intelectuales de esta estatura en el pasado novohispano, don Carlos ha sido objeto en el siglo xx de biografías y biobibliografías, introducciones a publicaciones de sus obras, y por fin (lo que es consagración en nuestros días) ha sido tema de coloquios, como el que se ha hecho en la UNAM el año pasado (organizado y publicado esmeradamente por Alicia Mayer).

Sólo voy a enumerar, por orden cronológico de sus publicaciones, a los modernos intérpretes o comentaristas de don Carlos de Sigüenza y Góngora: Francisco Pérez Salazar (México, 1928), Irving A. Leonard (Berkeley, 1929), Manuel Romero de Terreros (México, 1940), Ramón Iglesia (México, 1942), José Rojas Garcidueñas (México, 1945), José Gaos (Xalapa, 1959), Jaime Delgado (Madrid, 1960), Gloria Grajales (México, 1961), el autor de estas líneas (París, 1971; México, 1977), Octavio Paz (México, 1982), Elías Trabulse (México, 1973 y 1988), Alicia Mayer (México, 1998), entre otros. No se pueden pasar por alto varios artículos de Ernest J. Burrus, de los años cincuenta, ni la introducción a los *Infortunios de Alonso Ramírez* de Lucrecio Pérez Blanco (Madrid, 1988). (Pido disculpas a los no mencionados, debido a mi ignorancia o precipitación.)

Está claro que no se pueden colocar todos estos trabajos en un plan de igualdad. La corta biografía que ha hecho Pérez Salazar, como Introducción a un volumen

de *Obras* (muy incompletas), no se compara con el amplio estudio de la vida y el erudito estudio y catálogo de obras de don Carlos que encabeza la edición de la *Piedad heroica de don Fernando Cortés*, que se deben a la pluma de Jaime Delgado (México, 1960) y al cuidado de su editor, José Porrúa Turanzas, de Madrid. El sucinto prefacio de Romero de Terreros a una antología de *Relaciones históricas* de don Carlos (México, 1940), publicada por la UNAM para uso de los estudiantes, dista mucho de satisfacer al lector más exigente. Quien ha sido el primero en profundizar en la vida y el pensamiento de don Carlos ha sido Irving A. Leonard, en varias publicaciones, pero principalmente en su tesis doctoral, bajo la dirección de Herbert E. Bolton, trabajo titulado “Don Carlos de Sigüenza y Góngora. A Mexican Savant of the Seventeenth Century”, (Berkeley, 1929); da mucho que pensar el que esta ejemplar monografía haya tardado en publicarse en México, en su versión en español, hasta 1964; sólo se había publicado un escueto “Ensayo bibliográfico de Sigüenza y Góngora”, a cargo de Irving Leonard, en el mismo año de 1929.

Para resumir y evaluar esta copiosa bibliografía, se podría hacer énfasis en los siguientes aspectos: fue *el bachiller* Rojas Garcidueñas (así lo llamaban, pero sabía más que muchos doctores), el primer biógrafo (y tal vez el mejor) que tuvo la capacidad de reconocer a don Carlos como poeta barroco novohispano. Por su parte, el padre Burrus destacó, mediante el parangón con Kino, la aportación de Sigüenza y Góngora como cosmógrafo y cartógrafo. Recientemente, Gloria Grajales ha hecho el balance de la aportación de don Carlos a la historiografía pionera del México Antiguo. Asimismo, Jaime Delgado ofreció el primer catálogo riguroso de obras, precedido de un estudio extenso y bien documentado. Por otra parte, Ramón Iglesia, con su reciente experiencia de la guerra civil española, hizo notar la contradicción vital de don Carlos: apologista del pasado azteca y partidario de la segregación racial a raíz del motín de 1692. Fue definitivamente esclarecedora del pensamiento astronómico de Sigüenza y Góngora, la Introducción de José Gaos a la *Libra astronómica y filosófica*, (México, 1984); así como necesaria la aclaración de E. de la Torre, respecto de la conciencia religiosa de don Carlos (México, 1997).

Una vez reconocidas todas estas valiosas aportaciones al conocimiento e interpretación de la variada obra de don Carlos, es necesario tocar el fondo de esta problemática personalidad intelectual. Hemos señalado ya, que la controversia en torno a la expulsión del joven Carlos de Sigüenza de la Compañía de Jesús, ha actuado como freno de estudios más importantes en torno a su obra. Hay otra

circunstancia, algo retórica en ocasiones, que ha sido rémora de los estudios (nose si llamarlos *sigüencistas*): me refiero al parangón de don Carlos con sor Juana, quienes han llegado a aparecer como la pareja tutelar (o el principio dual, que diría León-Portilla), el padre y la madre de la cultura novohispana. Sin meterme en polémicas con nadie, quiero expresar unas reservas al respecto. Sor Juana destacó como poetisa genial y don Carlos sólo llegó a ser un mediocre gongorino. Sor Juana fue una simple aficionada a las *esferas* y don Carlos un auténtico cosmógrafo. Sor Juana se desenvolvió como una hábil cortesana, don Carlos como un intelectual imbuido de su propio valor y, por lo tanto, disconforme y arrogante. Sor Juana aspiraría secretamente a secularizarse, don Carlos luchó toda su vida para conseguir su reintegración a la Compañía de Jesús. Por todas las razones que anteceden, abrigo ciertas dudas respecto de la supuesta íntima amistad que los uniera, la cual está atestiguada por un solo escrito circunstancial, una oración fúnebre que no es ninguna prueba de intimidad. Si bien he de reconocer que algunos estudiosos aseguran que don Carlos llevó a sabios viajeros de paso por México, a la tertulia de sor Juana, en su convento.

Como ejemplo de otro falso problema, quiero señalar de paso la cuestión de determinar si los *Infortunios de Alonso Ramírez* es una novela, *la primera mexicana* (antes de *El periquillo sarniento* que es también muy discutible), único ejemplo novohispano de la veta picaresca, o si se trata (como ha pretendido su autor) de un relato biográfico inspirado a don Carlos por la caridad hacia el desdichado Alonso. Los verdaderos problemas planteados por la obra y el pensamiento de Sigüenza y Góngora son otros. Uno es de índole documental, otro es de carácter intelectual y filosófico. El primero ha sido esclarecido por un segundo estudio de Elías Trabulse, titulado *Los manuscritos perdidos de Sigüenza y Góngora* (México, 1988). Si bien este exigente trabajo se ha beneficiado de artículos anteriores de Burrus, en particular *Clavijero and the Lost Sigüenza y Góngora's Manuscripts*, (1959), no deja de aparecer como una *mise au point* completa y definitiva sobre esta dolorosa cuestión, que es previa a todas las otras. Así se podría resumir: don Carlos ha escrito mucho y ha reunido una colección (importante por su cantidad y su contenido) de manuscritos antiguos, entre los que destacan el archivo de Ixtlilxochitl. Muchos de estos documentos hoy han desaparecido, pero conocemos su existencia gracias al testimonio de autores contemporáneos o novohispanos posteriores que los han utilizado, probablemente copiado o parafraseado.

Una simple enumeración de dichos autores da idea de la importancia de la obra historiográfica de Sigüenza y Góngora. Primero sus contemporáneos: fray Agustín de Vetancurt, Enrico Martínez, Gemelli Carreri; esto es, un cronista religioso, un geógrafo y cosmógrafo, y un viajero extranjero. Posteriormente, los historiadores jesuitas Francisco Javier Alegre, Francisco Florencia y Francisco Javier Clavijero, así como el caballero Boturini Benaducci y el monje secularizado y diputado de la primera Asamblea Constitucional del México independiente, Servando Teresa de Mier. (Remito al lector al estudio de Elías Trabulse, al que no voy a parafrasear). Permítaseme subrayar que varias ideas novedosas de Clavijero, singularmente la exaltación del pasado azteca como la legítima Antigüedad clásica del México criollo, proceden de Sigüenza y Góngora. Clavijero había revisado en la biblioteca del Colegio de san Pedro y san Pablo, de los jesuitas de México, parte de los veintiocho volúmenes de documentos legados por don Carlos a la Compañía —a la que fue readmitido *in articulo mortis*. El jesuita expulso ha contribuido más que ninguno a ilustrar la bibliografía jesuítica, don Carlos es merecedor de una mayúscula adición a la *Bibliotheca scriptorum societatis lesu* (1776). Se puede considerar también como el inventor (para bien o para mal) de la *mexicanidad*, invención atribuida tal vez erróneamente a Clavijero, a Mier,... hasta a Vasconcelos o Reyes Heróles.

En otro aspecto, es deplorablemente ejemplar el destino de la colección de documentos prehispánicos y coloniales de don Carlos que por efecto de la ignorancia, el descuido o la codicia, han sido destruidos o malbaratados. Lo que se ha salvado del Museo de Boturini (a manos del que llegaron varios códices y estudios de don Carlos de Sigüenza) ha venido a parar, mediante el maestro Aubin, a la Biblioteca Nacional de París. Otras obras están en la Bancroft Library (University of California), otras en la Newberry Library de Chicago (como parte de la Ayer Collection), etcétera; otras no van a aparecer jamás. De tal modo que no podemos estudiar y ni siquiera apreciar con seguridad la extensa y variada obra historiográfica de Sigüenza y Góngora, con base en fragmentos erráticos. Ahora bien, se trata de una obra de fervor patriótico que marca un hito significativo en el desarrollo de una toma de conciencia nacional mexicana, como hemos intentado mostrarlo, con enfoques distintos, Gloria Grajales y el autor de estas líneas.

La cuestión más trascendente es la posición exacta de un Sigüenza y Góngora en el contexto espiritual e intelectual de la Nueva España, en el ocaso del difícil siglo XVII. Críticos fueron aquellos decenios para la dinastía austríaca, pronto sustituida por la borbónica en España. Entró en crisis simultáneamente la ortodoxia

católica postridentina imperante en España y sus posesiones americanas. La madurez intelectual de don Carlos de Sigüenza coincidió, a la vez, con el apogeo del barroco jesuítico en la Nueva España, y con la brecha abierta en Francia por el racionalismo, fenómeno que se conoce, desde un libro de Paul Hazard, como *La crisis de la conciencia europea* (París, 1941). Estas dos caras de la realidad contemporánea se reflejan en la obra de don Carlos: la prosa y la poesía barroca, los arcos de triunfo mitológicos, el esoterismo y la historia legendaria por un lado, y por otro, el paso de la astrología a la astronomía, la matemática y la cartografía. ¿Cómo ha podido Sigüenza y Góngora rechazar la autoridad de Aristóteles en nombre de Descartes, y mantenerse fiel a la autoridad de la iglesia mientras adoptaba las ideas críticas del calvinista Bayle sobre los cometas? Esta es la aporía que ha investigado con profundidad Elías Trabulse en un libro que rebasa el caso de don Carlos, pero lo elucida al integrarlo a las corrientes del pensamiento contemporáneas. El libro de Trabulse se titula *Ciencia y religión en el siglo XVII* (México, 1973); sería imposible analizarlo en este espacio y resumirlo sería simplificar abusivamente un discurso complejo. Sólo voy a agregar algo de mi cosecha respecto del parangón entre Bayle y Sigüenza, que Trabulse ha retomado de Gaos y diluido en una visión de conjunto de la empresa racionalista, demoledora de las creencias avaladas por la ortodoxia católica. En esta encrucijada se ha encontrado Sigüenza, con su bulimia de saber y su voluntad de sumisión.

El filósofo y polígrafo francés, Pierre Bayle, nació en 1647, o sea dos años después que Sigüenza; y murió en 1706, seis años después que el mexicano. Han sido rigurosamente coetáneos, ambos fueron egresados de un colegio de jesuitas. Ambos han sido atezados por insaciable curiosidad intelectual y aspiración espiritual a conciliar las verdades de la fe con las exigencias de la razón experimental. En 1681 don Carlos escribió la *Libra astronómica y filosófica* en defensa de su *Manifiesto contra los cometas*, conculcado por el jesuita austriaco Kino, su amigo y obligado de la víspera. Bayle, exiliado en Rotterdam por razones de disidencia religiosa, ciudad donde fue profesor de filosofía, publicó en 1682 sus *Variadas consideraciones sobre el cometa* (conocido en la historia de las ideas como *Les réflexions sur la comète*). Este tratado, que era un manifiesto racionalista, rebate en nombre de la mecánica celeste las creencias comunes relativas al efecto nefasto de los cometas. Lo que ambos sabios (herederos de Descartes y Leibniz) promovieron, sin conocerse y sin que haya podido haber contacto entre ellos, fue una concepción mecanicista del universo, que volvería obsoletos prodigios y

supersticiones.¹ Lo que separa radicalmente al mexicano de su émulo francés, amén del contexto cultural, es que Bayle completó sus reflexiones sobre el cometa con un *Dictionnaire historique et critique*, de 1695, y (una publicación póstuma) *Le système de la philosophie, contenant la logique et la métaphysique* (1737). ¿Porqué Sigüenza y Góngora no trascendió? *That is the question*.

No es posible contestar unilateralmente esta pregunta. Sería fácil observar que Sigüenza, a diferencia de Bayle, no tenía ningún Amsterdam donde poder refugiarse en caso de ser reconocido como hereje calificado. Una posible y principal explicación es la que ha dado Octavio Paz, con su característica agudeza, en su tardío ensayo dedicado a *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe*, (México, 1982).² Pues bien, Octavio Paz hace una descripción del reino de la Nueva España que es insuperable, lo digo con plena conciencia de que está inspirado en varios trabajos de historiadores, en particular de mi libro más conocido al que el mismo Octavio Paz había dedicado un extenso y generoso prefacio. En varias ocasiones, el autor dedica amplias consideraciones a Sigüenza y Góngora, en la medida en que don Carlos se movió en el mismo clima espiritual e intelectual, en los mismos círculos cortesanos que sor Juana, aficionada a la cosmografía de la que don Carlos fue un gran profesional. Ambos, Sigüenza y sor Juana (como muchos lo han subrayado) han sido los fénix intelectuales de la Nueva España del siglo barroco. (Considero inoportuno repetir lo que he escrito treinta años atrás sobre Sigüenza y Góngora, texto al que no cambiaría hoy día nada sustancial).

Ya he llamado la atención sobre el riesgo de mitificar a estas dos figuras, pero sí se ha de reconocer cuando menos que han tenido en común la fascinación por el esoterismo. Como lo ha explicado Octavio Paz extensamente, don Carlos y sor Juana bebieron de una fuente común, que da razón tanto del *sueño* de la monja, como de la ensoñación azteca del cosmógrafo. Esta fuente común fue el jesuita alemán Athanasius Kircher, quien gozaba ya de fama universal en todo el orbe cristiano, cuando despertaron a la vida intelectual Sigüenza y sor Juana. Kircher

¹ Para la anécdota, Bayle tuvo su padre Kino en la persona de su colega Jurieu, quien por celos atacó sañudamente su tesis sobre el cometa, con el fin de desprestigiarlo, lo que consiguió efímeramente, porque le quitaron la cátedra a Bayle. ¿Pero, hoy quién se acuerda de Jurieu? ¡Sólo se recuerda como al Salieri de Bayle!

² No será superfluo recordar que ya había esbozado el escritor, de forma concisa pero sustancialmente idéntica, una semblanza de sor Juana en *El laberinto de la soledad* y en un artículo de la revista argentina *SUR*, de Victoria Ocampo, más de treinta años antes.

había nacido en 1601, estudió con los jesuitas en Maguncia, más tarde tuvo que huir de tierras devastadas por la *Guerra de los treinta años*, se refugió en Roma donde vivió como el propio Sigüenza en México: entre manuscritos antiguos, esferas astronómicas, libros suyos y de otros. Creo que Sigüenza se dedicó a la *imitación de Kircher* (como hicieron los místicos de siglos anteriores a la *imitación de Cristo*), el cual fue también profesor de matemáticas, en el *Collegio Romano*, circunstancia que bastaría para explicar que sus ideas tuvieran más amplia difusión que las del mexicano.

El interés de Kircher era principalmente el Egipto y el Oriente antiguos, pero (mediante los escritos de misioneros jesuitas) abarcaba también a México. Octavio Paz recuerda que miss Frances Yates consideraba a Kircher: *un Pico de la Mirandola del siglo XVII*. Paz ha visto en él, el mejor exponente de “una política espiritual” (la jesuítica) que tendría por finalidad “una síntesis cristiana de las religiones universales”. (Paz, México, 1982, p. 224). No me parece que el sincretismo religioso que ha caracterizado, desde el inicio, a la labor misionera de los jesuitas (se piensa en la crisis de *los ritos chinos*) haya tenido una meta tan clara, tratándose de una búsqueda espiritual algo dispersa y no libre de contradicciones. Con todo, Paz ha puesto el dedo en un principio de explicación esencial del pensamiento histórico de Sigüenza, respecto del México Antiguo. Me refiero, claro está, a la manía egipciaca, que veía a los antiguos mexicanos como descendientes de los egipcios faraónicos: mismas pirámides, mismos jeroglíficos, etcétera. Todo esto vino de Kircher, autor de *Oedipus aegyptiacus, hoc est universalis doctrinae hieroglyphicae instauratio*, libro de 1652, que por ser obra de un jesuita pudo llegar sin riesgo de la Inquisición a la biblioteca de don Carlos, en la capital de la Nueva España. El parecer de Frances Yates, apunta a que con Kircher nos movemos en un ambiente neoplatónico. La fuente común era el *Corpus hermeticum* y el *Pimandro* de Hermes, conocido por *Trismegisto* por haber tenido la presciencia de la Santísima Trinidad. La egiptomanía de los primitivos americanistas se prolongó hasta finales del siglo XIX, en que autores como Russel Emerson y Eugène Beauvois, víctimas de la ola difusionista, asimilaron divinidades como por ejemplo *Thot*, conocido también como *Quetzalcóatl*. El conde de Charencey, de la *Société des antiquaires de Normandie* (primera en Europa en fomentar el estudio del México Antiguo) publicó, significativamente *Yama, Djemschidt et Quetzalcóatl*, en 1898. Esta corriente de pensamiento procedió en buena parte del jesuita Kircher, y se difundió mediante los criollos novohispanos Borunda y Sigüenza y Góngora.

También hay otra fuente, más importante quizás, que no se ha señalado hasta ahora, es el evhemerismo, anterior al padre Kircher y hasta al hermetismo, salvo en la medida en que éste se deriva del pitagorismo. Ahora bien, Evhemero había influido en las ideas de Clemente de Alejandría, Tertuliano, y san Agustín; su pensamiento empezó a cundir en el segundo siglo de la era de Cristo. En lo fundamental, Evhemero insinuó que las religiones politeístas no eran parodias diabólicas sino prefiguración del cristianismo, así se hizo posible el rescate de las mitologías como antecedentes crípticos y proféticos del mensaje evangélico; Jesús fue un *nuevo Hércules*. Gracias a la tradición evhemerista, recogida de los padres de la iglesia, por los jesuitas, fue posible poner fin a la *tabula rasa* de los Doce primeros franciscanos evangelizadores de México, y le pareció legítimo a don Carlos de Sigüenza pretender que Quetzalcóatl (hombre-dios) era otro nombre del apóstol santo Tomás, y hasta que los antiguos mexicanos eran descendientes de Neptuno, ¡sin caer en el piélago de la herejía!

Que éste sería, al fin y al cabo, el punto central, la preocupación mayor de un espíritu racionalista y experimental como don Carlos de Sigüenza y Góngora, calculador de paralajes, quien entregó su cuerpo a la disección para ayudar a la medicina, pero su alma a Dios mediante su reintegración a la Compañía de Jesús.

Bibliografía

Alegre, Francisco Javier, *Testimonios del exilio*, selección y prólogo de Elsa Cecilia Frost, México, Jus, 2000.

Baltrusaitis, Jurgis, *La Edad Media fantástica: antigüedades y exotismos en el arte gótico*, Madrid, Cátedra, 1994.

Bieler, Ludwig, *Das Bild des "Göttlichen Menschen" in Spätantike und Frühchristentum*, Viena, 1935.

Boturini Benaducci, Lorenzo, *Idea de una nueva historia general de la América Septentrional, fundada sobre material copioso de figuras, symbolos, caracteres y geroglíficos, cantares y manuscritos de autores indios ultimamente defcubiertos*, Madrid, Imprenta de Juan Zúñiga, 1746

Brasseur de Bourbourg, Charles Etienne, *Relation des choses de Yucatan*, Lyons-Madrid, 1964, cap. xv.

Bultmann, Rudolf, *Kerygma und Mythos*, Hamburg, 1948.

Burrus, Ernest J., *Clavijero and the Lost Sigüenza y Gongora's Manuscripts*, 1959.

_____, *La obra cartográfica de la provincia mexicana de la Compañía de Jesús, 1567-1967*, Madrid, J. Porrúa Turanzas, 1967.

Caro Baroja, Julio, *Las falsificaciones de la historia*, Barcelona, Seix Barral, 1991.

Chavero, Alfredo, *Obras del licenciado Don Alfredo Chavero*, México, V. Agüeros, 1904.

Clavijero, Francisco Javier, *Historia antigua de México*, facsímil de la edición de Ackermann, 1826, prólogo de Luis González, epílogo de Elías Trabulse, México, Factoría Ediciones, 2000.

Domínguez Ortiz, Antonio, *El antiguo régimen: los Reyes Católicos y los Austrias*, Madrid, Alianza, 1973.

Delgado, Jaime, *La independencia hispanoamericana*, Madrid, Instituto de Cultura Hispánica, 1960.

Eguiara y Eguren, Juan José de, *Biblioteca mexicana*, prólogo y versión española de Benjamín Fernández Valenzuela, estudio preliminar, notas, apéndices, índices y coordinación general de Ernesto de la Torre Villar, con la colaboración de Ramiro Navarro de Anda, México, Coordinación de Humanidades-Universidad Nacional Autónoma de México, 1986. [Versión latina facsímil, 1775].

Gaos, José, *Discurso de filosofía y otros trabajos sobre la materia*, Xalapa, Universidad Veracruzana, 1959.

Gemelli Carreri, Juan Francesco, *Las cosas más considerables vistas en la Nueva España*, traducción de José María de Agreda y Sánchez, México, Xochitl, 1946.

_____, *Viaje a la Nueva España México a fines del siglo XVII*, prólogo de Fernando B. Sandoval, México, Libro-Mex, 1955.

Grajales Ramos, Gloria, *Nacionalismo incipiente en los historiadores coloniales, estudio historiográfico*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1961.

Hazard, Paul, *La crisis de la conciencia europea (1680-1715)*, traducción del francés por Julián Marías, Madrid, Pegaso, 1941.

Iglesia, Ramón, *Cronistas e historiadores de la conquista de México: el ciclo de Hernán Cortés*, México, El Colegio de México, 1942.

Kircher, Atanasio, *Edipo egipciaco*, ed. ilustrada, Siruela.

Lafaye, Jacques, *Quetzalcóatl y Guadalupe. La formación de la conciencia nacional en México*, prefacio de Octavio Paz, traducción de Ida Vitale [edición aumentada en reimpresión] México, Fondo de Cultura Económica, 1977.

Leonard, Irving A., *Don Carlos de Sigüenza y Gongora: a Mexican Savant of the Seventeenth Century*, Berkeley, University of California, 1929.

_____, “Ensayo bibliográfico de Sigüenza y Góngora”, en *Monografías bibliográficas mexicanas*, núm. 15, vol. II, 1929.

Marchetti, Giovanni, *Cultura indigena e integrazione nazionale, la “Storia antica del Messico” di F. J. Clavijero*, Italia, Abamo Terme, 1980.

Mayer González, Alicia, *Dos americanos, dos pensamientos: Carlos de Sigüenza y Góngora y Cotton Mather*, México, Instituto de Investigaciones Históricas-Universidad Nacional Autónoma de México, 1998.

Mier Noriega y Guerra, José Servando Teresa de, *Obras completas*, introducción, recopilación, edición y notas Jaime E. Rodríguez O., México, Coordinación de Humanidades-Universidad Nacional Autónoma de México, 1988.

Orozco y Berra, Manuel, *Historia antigua y de la conquista de México*, México, G.A. Esteva, 1880.

_____, *Apuntes para la historia de la geografía en México*, México, F. Díaz de León, 1881.

Paz, Octavio, *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982.

Pérez Salazar, Francisco, *Biografía de Carlos de Sigüenza y Góngora, seguida de varios documentos inéditos*, México, Antigua Imprenta de Murguía, 1928.

Ramírez, José Fernando, *Obras del licenciado Don José Fernando Ramírez*, México, V. Agüeros, 1898-1904.

Rojas Garcidueñas, José, *Don Carlos de Sigüenza y Góngora, erudito barroco*, México, Xochitl, 1945.

Sigüenza y Góngora, Carlos de, *Relaciones históricas*, selección, prólogo y notas de Manuel Romero de Terreros, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1940.

_____, *Piedad heroyca de Don Fernando Cortés*, edición y estudio por Jaime Delgado, Madrid, J. Porrúa Turanzas, 1960.

_____, *Infortunios de Alonso Ramírez*, México, Premiá, 1978.

_____, *Libra astronómica y filosófica*, presentación de José Gaos, México, Instituto de Investigaciones Filosóficas-Universidad Nacional Autónoma de México, 1984.

Simon, Marcel, *Hercule et le christianisme*, Paris, Univ. de Strasbourg/Ed. Les Belles Lettres, 1955.

Seznec, Jean, *La survivance des dieux antiques*, Hamburg, 1948.

Torre Villar, Ernesto de la, *Don Juan de Palafox y Mendoza: pensador político*, México, Instituto de Investigaciones Jurídicas - Universidad Nacional Autónoma de México, 1997.

Trabulse Atala, Elías, *Ciencia y religión en el siglo XVII*, México, El Colegio de México, 1973.

_____, *Los manuscritos perdidos de Sigüenza y Góngora*, México, El Colegio de México, 1988.

Vetancurt, Agustín de, *La ciudad de México en el siglo XVIII, 1690-1780: tres crónicas*, prólogo y bibliografía Antonio Rubial García. Nota a Juan de Viera, Gonzalo Obregón, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1990.

Yates, Frances, *The Art of Memory*, Chicago, University of Chicago, 1974.